

Los episodios en el viaje por las esenas de la novela: “Lo que el Viento se Llevó”

Cuando era correponsal del Seikyo Shimbun, tuve la oportunidad de visitar a los Estados Unidos de América varias veces. Completé el quinto año desde mi jubilación. Aprovechando el tiempo libre que tenemos, ahora es bastante, lo visité por primera vez en 10 años. Encontré muchas sorpresas refrescantes y situaciones emocionantes. Por lo tanto, me gustaría referirme a estos episodios que no están incluidos en el texto principal.(Junio de 2006)

Las azafatas robustas

Me he visto obligado a hacer los gastos del viaje, lo más barato posible, pues mantengo mi vida como jubilado. Bajo tales circunstancias, esta vez hice las reservaciones, tanto del vuelo como del hotel, por Internet y no por la agencia de viaje.

Fue a fines de junio y un poco antes de la semana turística. La tarifa más barata del vuelo desde Narita hasta Atlanta y desde Nueva Orleans hasta Narita era la de Continental Airline. La tarifa de ida y vuelta era de unos 650 dólares. La tarifa de vuelo de la compañía japonesa, era de más de 850 dólares.

Además de la tarifa, el impuesto del aeropuerto y más otros gastos fueron agregados. Eran inevitables y teníamos que pagarlos de todos modos. Eso puedo aceptarlo. Pero la sorpresa grande para mí, sin embargo, es que estaba agregado a la tarifa un item que se llamaba “recargo por petróleo”. Eso no era un monto pequeño. Eran 150 dólares, un monto grande para mí. Entonces pensé que era inevitable bajo la situación en que el precio del petróleo está muy alto, mundialmente.

También, pude aceptar el hecho de que las comidas que se sirvieron en el avión no eran muy buenas, mejor dicho, no eran los sabores que los japoneses querían; pues el sabor de las comidas de las compañías americanas están ajustados a los americanos principalmente. Eso es muy natural y entendible.

Aparte de esto, lo que llamó mi atención era el hecho de que casi todas las azafatas de abordaje eran rubias muy robustas. Me pareció que unas diez azafatas en la cabina, tenían más de 30 años de edad y otras parecían de más de 50 años. Pero ellas estaban trabajando muy enérgicamente. Observé sus brazos robustos, cuando ellas trataron de elevar equipajes de mano encima del anaquel y cuando sirvieron las comidas y bebidas a los pasajeros.

No sentía la ternura y delicadeza que las jóvenes azafatas japonesas poseen. Mas bien, a mi me pareció que las azafatas americanas trabajaban vehementemente para proteger a los pasajeros.

En general, no hay regla de jubilación forzosa por edad en los Estados Unidos. Está interpretado que rechazar a emplear a un trabajador debido a la edad madura, (adulto mayor), está en contra de la Ley “Age Discrimination in Employment Act”. Sentí que es un aspecto simbólico de la sociedad americana. Ellos dan mucha importancia al control de la discriminación por edad, igual que son contra la discriminación racial.

La ineficiencia inusual en la migración

Llegué al Aeropuerto Internacional George Bush en Houston, que es el centro primordial de conexiones de Continental Airline donde todos los pasajeros tienen que pasar por migración, para entrar a los Estados Unidos. Cuando llegué a la sala de espera, encontré con unos 200 pasajeros, en fila separados por cables y rayas amarillas en el piso, esperando sus turnos.

Había 40 garitas en línea de inspección, pero solo había 14 de ellas atendiendo a los pasajeros. Había un signo de “Cerrado” en la parte de arriba de cada garita donde no había ningún oficial para atender al público. La fila de los pasajeros era muy lenta.

Mirando a mi alrededor, noté unos pasajeros que querían cambiar de vuelo con destino a México o a São Paulo. Ellos estaban preocupados por el poco tiempo que disponían para pasar a migración. Entonces, pregunté a un oficial que estaba atendiendo a los pasajeros en fila.

“No estoy seguro si ellos pueden hacer el próximo vuelo. A mi me parece que algunos de ellos están preocupados por el tiempo que se necesita para pasar a migración. “¿No puede hacer algo para resolver esta situación?”, le pregunté.

El oficial, probablemente de más de 180 centímetros de altura, figura negra y robusta, con una dentadura de color oro, se hizo más atractivo cuando me sonrió y me dijo:

“Hablando francamente, también estoy preocupado por esa situación. Según el itinerario de los encargados de hoy, 20 oficiales debían llegar, pero ahora veo solamente a 14 de ellos nada más. No sé por qué no están todos los que se necesitan. También, ayer tuvimos un problema de este tipo. La escalera mecánica para trasladar los equipajes desde el avión hasta el centro de retiro se dañó temporalmente. Por lo tanto, nosotros mismos, los empleados, seres humanos, tuvimos que cargar los equipajes hasta el ascensor. La situación duró 3 horas aproximadamente. Oí que algo malo pasó en el sistema de computadoras”.

Después de explicarme la situación, intentó transmitir en voz alta, lo que me dijo a mí, a todos los pasajeros que estaban esperando.

Me había encontrado con las mismas situaciones que encontré durante mi visita a América Latina como corresponsal de prensa. La forma de reaccionar de los pasajeros en estas ocasiones, sin embargo, era diferente. En los países de América Latina, casi no había explicación acerca del porque el vuelo estaba atrasado. Sin embargo, no vi pasajeros, casi en ningún caso, que se quejaran y exigieran al oficial de la compañía de aviación, una solución.

Pienso, como me he referido antes a la palabra: “hasta mañana” en otras ocasiones, probablemente, el ritmo de vida de la gente en América Latina es más lento que el de la gente en Norte América. A mi me parece que los pasajeros latinoamericanos lo toman con naturalidad y están convencidos de que el vuelo se hará de todos modos, aunque sea en algún momento futuro.

A pesar de todo, estuvimos en Houston, precisamente, en el lugar donde se encuentra ubicada la base para los viajes espaciales. Estuvimos en los Estados Unidos donde la gente es muy puntual en general, y dan prioridad al racionalismo. Estos episodios nos están enseñando que aun la tecnología más desarrollada en este mundo depende del manejo y del corazón de los seres humanos.

¡Muy estricto: el control de la seguridad!

Antes de mi partida, me habían informado que el control de la seguridad en los Estados Unidos era muy estricto. Llegó mi turno y llegué a la recepción. “Hello”. El oficial me dió un saludo amistoso con una sonrisa. Sentí en su actitud, que me daba la bienvenida. El control de la seguridad en si, sin embargo, fue totalmente diferente.

Después de revisar mi pasaporte detalladamente, me indicó que debía tomarme mi huella digital. Primeramente, puse el dedo índice derecho encima del tapón y luego hice lo mismo con la mano izquierda. Seguidamente, me tomó una foto de mi cara con una pequeña cámara especial, (presumí, que estaba conectada al computador). Tuve que quitarme las gafas en frente de la cámara, (presumí, que era para impedir que hiciera camuflaje).

Por su puesto, esto es para impedir el terrorismo. Cuando realicé vuelos para visitar otras ciudades, noté que la severidad del control de la seguridad en estos aeropuertos, era totalmente igual. Déjeme comentar aquí diferentes puntos, los que no tenemos que hacer en el aeropuerto Internacional de Narita.

1. Tuve que quitarme los zapatos, o sea, dejar los pies desnudos (solo se permite mantener los calcetines). Esto, presumo que es para impedir que los pasajeros escondan cosas peligrosas en sus zapatos o debajo de las suelas.
2. Tuve que quitarme la chaqueta y el cinturón de mis pantalones, (pues la hebilla de

hierro reacciona ante el detector de metales). Tuve que quitarme el cinturón en cada ocasión que tomaba un vuelo. Los pantalones casi se me caían al piso. Tuve que cuidarme mucho para no mostrar los SUTETEKO, ropa interior muy típica en la estación de verano en Japón, parecidos a una clase de calzoncillos, a los americanos.

Pensé que esto era inevitable. Para proteger al país y a la nación, es necesario que analicemos la situación actual de los Estados Unidos y del mundo, después del incidente del 11 de septiembre de 2001.

Acerca de la conversación con los conductores de taxi.

Utilicé taxi cinco veces durante mi estancia en los EE.UU. Traté de charlar con el conductor en todas las ocasiones. Fue muy interesante y ellos me enseñaron algunos puntitos de la historia de los EE.UU. En cuanto a la raza, de estos cinco conductores, tres eran negros, uno era blanco y el otro era de Asia.

El conductor con quien me encontré por primera vez en Atlanta era, me imaginé, un americano de origen Africano. Cuando le pregunté sobre su país natal, me enteré que era de Nigeria. Me dijo muy alegremente cuando ya iba a salir del carro:

“Desde este momento me voy a mi casa para ver por TV, el partido de la Copa Mundial. El partido de hoy es Ghana versus los EE.UU. Tengo que animar a mi equipo favorito”.

Le pregunté por curiosidad. “Entonces, ¿A qué equipo vas a animar?” “Por su puesto, como es muy natural, a un país de Africa, Ghana en este caso, mi vecino país”. Me explicó que ha vivido en los EE.UU por 15 años, desde que emigró de Nigeria. Pude entender su sentimiento.

El conductor del taxi que utilicé el siguiente día era de Haití, un país ubicado en el Mar Caribe. (Esto ocurrió después del partido que Brasil le ganó a Japón) Él dijo así: “Japón es afortunado al tener que jugar el primer partido. Pero esto hizo irritar al equipo de Brasil y ellos jugaron con mucho empeño. Francamente, Japón no fue afortunado por haber tenido su primer partido, versus Brasil, campeón de football mundial. En cuanto a mi, no tengo intención de animar a ningún equipo de ningún país. Quisiera apreciar la técnica en si, de cada equipo”.

No se bien, pero los EE.UU. es un país de béisbol y no de fútbol. Nunca he visto una escena en la cual los americanos animan a sus equipos favoritos de fútbol, con entusiasmo. Caso muy diferente de los países de Europa o de América Latina. (A mi me parece que en estos países los fanáticos se transforman, quedan como medios locos por su equipo favorito.)

Otro conductor que atrajo mi interés fue el que me llevó al hotel desde el

aeropuerto de Nueva Orleans. Aparentaba ser un asiático. Le pregunté sobre su país natal con sentimiento familiar. Entonces, me miró con la cara un poco seria y dijo:

“Al terminar su trabajo aquí, va a volver a Japón donde lo están esperando sus familiares. ¿No es así? Es espléndido. Tengo envidia de usted. Yo soy de Vietnam. Han pasado 30 años desde que llegué aquí. Si digo las cosas más correctamente, huí de mi país natal y llegué aquí. Estaba sirviendo como un soldado en el ejército de Vietnam del Sur. Vietnam del Sur fue apoyado muy fuertemente por los EE.UU., pero eventualmente, perdió la guerra contra Vietnam del Norte. Precisamente después de esto, tenía que huir de mi país natal y busqué refugio en los EE.UU., dejando a todos mis familiares en Vietnam”.

¡Oh, mi inglés fue rechazado por la contestadora de teléfono!

Para este viaje a los EE.UU. tenía cierta confianza en mi inglés, hasta cierto punto. Sin embargo, cuando hablé por teléfono en el hotel en Atlanta, con la compañía de aviación, perdí totalmente la confianza en mi mismo. La contestadora del teléfono siguió repitiendo: “No he podido entender su inglés. No he podido captar su inglés”.

Tenía la intención de comprar el boleto de vuelo de Atlanta a Nueva Orleans en los EE.UU. Es una ruta que une dos ciudades mayores. Por eso había pensado que pudiera obtenerlo fácilmente en cualquier momento.

Cuando llamé a Continental Airline, la misma compañía donde había comprado el boleto de ida y vuelta, el personal me dijo que tenía que ir a Houston primero y volver a Nueva Orleans desde allí, pues Houston es el aeropuerto central de Continental Airline. Esto equivale a decir que voy a Tokio primero desde Osaka para ir después a Nagoya. No podía darme el lujo de perder tanto dinero como tiempo. Por consiguiente, llamé a la compañía Delta Airline, cuyo aeropuerto central está en Atlanta.

Igual al sistema de dar atención a los viajeros en Japón, donde hay abundantes llamadas, lo mismo se ha aplicado en Atlanta. Únicamente después del tercer paso, un cliente podrá obtener la atención directa de un empleado de la compañía.

Cuando marqué el número, la máquina contestadora me preguntó. “¿De qué ciudad parte usted?” Contesté, “de Atlanta”. “¿Cuál es el destino suyo?” me preguntó, y le contesté, “Nueva Orleans”.

Entonces, ¿Qué ocurrió en el siguiente momento? ¿Pueden imaginarlo?

La máquina contestadora me dijo: “No pude entender su inglés”. Repetí varias veces, tratando de pronunciar más correcta y claramente. Después de cierto tiempo, por fin, la máquina arregló la situación y respondió:

“La ciudad de partida de usted es Atlanta en Georgia. ¿No es así?”

“Su destino es Nueva Orleans en Louisiana. ¿Correcto?”

Enseguida contesté en voz bien alta. “Sí, Sí, así es”.

Desde este paso, una recepcionista de teléfono me atendió y me asignó la hora del vuelo y el monto que tenía que pagar.

Cuando llegué a Nueva Orleans, conté esta experiencia amarga a mi amigo japonés, el Sr. N, que había vivido allí por largo tiempo. Él me explicó diciéndome:

“Lo siento, Sr. Shimizu. De todos modos, si eso hubiera sido un ser humano, él le habría entendido lo quería saber. Pero, la máquina no puede hacerlo así y reacciona automáticamente, diciendo simplemente: “No”. Además de esto, para los japoneses, es muy difícil distinguir la pronunciación de la “R” y de la “L”. En este caso, ellas son la “L” de “Atlanta” y “R” y “L” de “Nueva Orleans”.

“Tuve experiencias de esta misma clase. En los días iniciales de mi estadía en los EE. UU. Una vez dije: “I like rice,(Me gusta el arroz)”, rice(arroz) que se come casi todos los días, sonó como “lice”, (piojo)” que parasita el cuerpo de nosotros y nos causan mucha picazón. Por lo tanto mis amigos se burlaron de mí diciendo; “Hey, escúchenme amigos, N dice que le gustan mucho los piojos. No se acerquen a él”.

La pronunciación correcta del inglés, será una tarea para siempre de los japoneses.

La comida japonesa es saludable, pero si se come de esta manera.....

Una de las impresiones más fuertes de los EE.UU. desde mi primera visita en diez años, es el hecho de que el número de hombres y mujeres gordos ha crecido enormemente. La barriga de ellos se ha inflado y los glúteos se les han aumentado enormemente, y se ven muy pesados.

He visto tantos americanos, hombres y mujeres, que se parecen a Konishiki, luchador de Sumo. Por lo que he visto durante mi estancia en los EE.UU. a mi me pareció que uno de cada diez americanos era así. El peso excesivo nos hace mover lentamente y añade más peso tanto a los pies como a los órganos internos. Ellos están en vías de tener una vida más corta. A mi me pareció que eso era una enfermedad nacional de los EE.UU.

Pienso que esto proviene de la abundancia de comida. Pienso, sin embargo, que también proviene de la tendencia a comer mucho. En primer lugar, el tamaño de la copa para tomar bebidas refrescantes es mucho más grande que en Japón. Ellos sirven la bebida, con la copa llena. Bajo tales circunstancias, se ha dicho que la comida japonesa es saludable y platos como Sushi y Sashimi se han convertido en comidas favoritas, aun entre los americanos.

En la última noche de mi estancia en los EE.UU. entré a un restaurante japonés

en Nueva Orleans. Se encontraban unos 50 comensales. A mi me pareció que el 90 por ciento de ellos eran americanos y menos del diez por ciento eran japoneses. Verificando el menú, ordené Sushi-Dinner. Era 16 dólares en total, incluyendo unos aperitivos y sopa de misso.

Cuando me sirvieron el plato de Sushi, me sorprendí mucho. El diámetro del plato era más de 30 centímetros. En el centro del plato, se encontraban colocados 8 Nigiri sushi, bolas de arroz cubierto con Sashimi y langosta, (camarón) y 10 Sushis pequeños hechos con bolas de arroz, atún y alga marina, en los dos lados del plato. Las algas marinas fueron enrolladas adentro del Sushi y el arroz fue colocado encima de todo esto. Eran 20 rollos en total.

El sabor era aceptablemente bueno, pero la cantidad era demasiado. A mi me pareció que esa porción era para dos personas si se compara con el caso de Japón. Traté de comer todo, pero tuve que dejar casi la mitad de ellos sin tocarlos.

Observé cuidadosamente el plato de Tempura Dinner que dos americanos, sentados en la mesa vecina, pidieron. Ví la cantidad enorme de Tempura. Eso era como una montaña, en un plato grande. En ese entonces, dudé si ellos pudieran comer todo lo servido o no.

Sentí que me gustaría aconsejarles, diciéndoles lo siguiente: “Ustedes han llegado expresamente a un restaurante japonés porque creen que la comida japonesa es muy saludable. Entonces, me gustaría recomendarles que pidan menos cantidad. Eso sería bueno no solamente para su salud sino también para su cartera”.

¿Esto sería visto como un entrometimiento en la vida particular de la gente de América, y a quienes les debo mucho agradecimiento, durante mi estancia en los EE.UU.?